EMERGENCIA DE LA ÉTICA

Lección magistral

Colección **Lecciones**

PUBLICACIONES DE ESTA COLECCIÓN

1. Juan González-Anleo Grande Castilla
   ¿Universidad y sociedad: un reto sin respuesta?
   (Lección inaugural del curso 1999/2000)
2. Manuel Pizarro Moreno
   Las Cajas de Ahorro en el mundo de hoy
   (Lección inaugural del curso 2001/2002)
3. Antonio Sáinz Fuertes
   Implicaciones de la globalización, la educación y el mercado de trabajo: estabilidad de los recursos humanos de la empresa
   (Lección en la festividad de Santo Tomás de Aquino, 2002)
4. Marcelino Oreja Aguirre
   Reflexiones sobre Europa: de dónde partimos y a dónde vamos
   (Lección en la festividad de Santo Tomás de Aquino, 2003)
5. Maximiliano Fernández Fernández
   Neologismos en el español actual: extranjerismos y nuevas acepciones
   (Lección inaugural del curso 2004-2005)
6. Tomás Santamaría Polo
   "Don Quijote", visto por un naturalista
   (Lección inaugural del curso 2005-2006)
7. Juan Velarde Fuertes
   La economía española ante el próximo lustro
   (Lección en la festividad de Santo Tomas de Aquino, 2007)
8. Ana Isabel Gómez Vallecillo
   Al borde del Caos: Paul Auster y el Realismo Postmoderno
   (Lección inaugural del curso 2006-2007)
9. Juan Carlos López Almansa
   Fuegos prohibidos
   (Lección inaugural del curso 2007-2008)
10. Mª Begoña Lafuente Nafría
    Identidad y misión de las universidades católicas
    (Documentos)
11. Sara Gallardo González
    El silencio como atmósfera de la persona
    (Lección inaugural del curso académico 2010/2011)
12. Jorge Mongil Manso
    Desertificación: La degradación de ecosistemas en zonas áridas y sus consecuencias sociales
    (Lección inaugural curso 2011-2012)
13. Mª Jesús Carravilla
    Emergencia de la ética
    (Lección en la festividad de Santo Tomás de Aquino, 2012)

Colección **Lecciones**
13

Emergencia de la ética

Lección magistral
en la festividad de Santo Tomás de Aquino

Dra. Mª Jesús Carravilla Parra
Profesora de Ética y Antropología
de la Universidad Católica de Ávila

UCAV
www.ucavila.es

Carravilla Parra, María Jesús

Emergencia de la ética: lección magistral en la festividad de Santo Tomás de Aquino / Mª Jesús Carravilla Parra. – Ávila: Universidad Católica, 2012

36 p. ; 20 cm. – (Lecciones ; 13)

ISBN 978-84-15300-84-7 D.L. AV 71-2012

1. Ética I. Universidad Católica de Ávila

BJ1144
17

© Servicio de Publicaciones
Universidad Católica de Ávila
C/. Canteros, s/n. 05005 Ávila
Tlf. 920 25 10 20
publicaciones@ucavila.es
www.ucavila.es

© Primera edición: agosto 2012

Cualquier forma de reproducción, distribución pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos http://www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Depósito Legal: AV 71-2012
ISBN: 978-84-15300-84-7

Imprime:
Imprenta KADMOS
Salamanca, 2012

ÍNDICE

Resumen 9

1. El Status quod 12

2. La ética y el subjetivismo moderno:
el emerger de la autonomía. 13

3. La ética y el subjetivismo postmoderno:
la autonomía en las éticas aplicadas. 16

4. Los consensos éticos se erigen sobre la conciencia moral.
El procedimiento. 23

5. Conocimiento y amor van unidos. La respuesta del personalismo ético y la ética de los valores 27

Resumen

El emerger de la Ética en la actualidad lo es en la forma de "las éticas aplicadas", por pura necesidad de respuesta a las coyunturas económicas, ambientales y socio-culturales que las mismas aplicaciones tecnológicas presentan. Así, las formas más generales serán las referidas a las cuestiones del medio ambiente, la vida, los sistemas de información y, conectados con todos ellos, la economía, la política. Pero se dan diversidad de éticas, algunas viciadas por las clásicas tendencias utilitaristas o hedonistas, otras derivadas del liberalismo social y la tecnocracia actual; tenemos así las éticas procedimentales, consensuales, o bien, los principialismos, de que han hecho gala diversas deontologías profesionales. Un erróneo concepto de autonomía y un sentido meramente tecnicista de la vida ofrecerán las claves explicativas del fracaso de estas éticas.

Pero, a lo largo del siglo XX, se fueron generando otras modalidades éticas, en una dirección realista. Estas éticas parten de la experiencia y de un análisis de los valores objetivos, para dar explicación de la moralidad humana y enjuiciar los grandes temas de las éticas aplicadas. Con algunas variantes, se encuentran en ese común realismo: el personalismo ético, la ética axiológica, la ética de la virtud. Estas éticas presentan como base la unidad entre orden natural y moral, entre antropología y ética y, en definitiva, entre verdad y bien, conocimiento y amor. Asimismo, sostienen como referentes de moralidad el valor y dignidad de la persona, la preservación del medio ambiente, el bien común de la sociedad. Estas éticas salen al paso del utilitarismo y relativismo éticos en que habían recalado las deontologías señaladas y, al mismo tiempo, dan razón de la experiencia moral humana.

Excelentísimo Sr. Obispo, D. Jesús García Burillo; excelentísima Presidenta del Consejo Directivo de la Universidad, Dª Lydia Jiménez; Excelentísima y Magnífica Rectora, Dª Rosario Sáez Yuguero; Excelentísimas e ilustrísimas autoridades civiles y militares, profesores, miembros del PAS, alumnos y principales protagonistas de esta casa, queridos amigos.

Me es muy grato poder dirigirme a ustedes hoy, en este lugar, que quiere ser lo que Benedicto XVI consideraba para la universidad: "la casa donde se busca la verdad propia de la persona humana"[1]. La verdad del hombre se decanta, en definitiva, en la verdad moral.

"Verdad y bien, conocimiento y amor, van unidos". Esta afirmación emblemática de Benedicto XVI, en su discurso a los profesores universitarios, en el Escorial, presidirá nuestra reflexión. Agradeciendo, con ello, el gesto que tuvo de reconocimiento hacia el Congreso Mundial de Universidades Católicas, celebrado en Ávila, organizado por nuestra pequeña Universidad el verano pasado, en preparación de la JMJ de Madrid; y que constituyó un acontecimiento de honda reflexión y comunión en torno a la "Identidad y Misión de las Universidades Católicas". Gracias al Santo Padre, gracias a la Universidad, y a todos los que lo hicieron posible.

Ética, verdad y amor son inseparables. La reflexión sobre la *emergencia de la ética* en nuestro tiempo, deberá contrastarse, en último término, con la verdad del hombre y su realización en el amor.

Esa emergencia, se da en nuestros días, precisamente, muy en relación a las materias que se imparten

1 BENEDICTO XVI, "Discurso en el Encuentro con profesores universitarios jóvenes", *Discursos de la JMJ 2011,* El Escorial, 2011.

en esta Universidad, a todos esos saberes y quehaceres técnicos, y emerge, o debería emerger, como piedra de toque en que refrendar esos saberes y sus aplicaciones.

Esa unidad entre el saber y el obrar, es el exponente de la condición humana, por un lado, y de la autenticidad de las acciones, por otro.

Frente a esta unidad se descubre todo error y todo mal como emanados de una interna escisión del hombre en su ser, en su conocer y obrar. De ello se hacen eco los consiguientes episodios de injusticias que continuamente se denuncian, ya sea en el orden técnico, político, económico, social, cultural... pues derivan, en último término de las acciones humanas, de su cualidad moral.

De esta unidad emanan las "conductas bellas", "los amores bellos"[2], que diría Platón. En una palabra, emanan las buenas acciones, los valores morales, esas encarnaciones del bien y el amor en su más alta expresión, que son testimonio del halo de eternidad entrañado en el hombre y manifestado en sus actos.

La unidad entre verdad y amor constituye, así, la premisa antropológica y ética al mismo tiempo, ante la que cabe preguntarse cuál es el status de la ética en la actualidad. Se da sin duda un emerger de la ética, pero ¿qué consideración de la ética, cómo emerge, desde qué premisas culturales? ¿Qué direcciones éticas son las de mayor relevancia social? ¿Es necesaria una revisión de las mismas? ¿Qué respuesta podemos dar?

Veamos algunos puntos que nos aclaren estas cuestiones.

2 Cf. PLATÓN, *El banquete*. Diálogos III. Ed. Gredos, 1997, págs. 264 y ss. (Caracterizó al pensamiento griego esa interna unidad entre saber y virtud).

1. El Status quod

Ese emerger de la Ética lo es en la forma de "las éticas aplicadas", por pura necesidad de respuesta a las coyunturas económicas, ambientales y socio-culturales que las mismas aplicaciones tecnológicas presentan. Pero lo es también como ámbito genuino de pensamiento acerca del hombre, de su propio ser y dignidad, de su condición moral, que, si siempre ha sido relevante, de modo muy especial lo es en la actualidad.

Efectivamente, por doquier, se habla de responsabilidades éticas, se exigen esas responsabilidades, se señalan o trazan los "procedimientos" para su prescripción o su "consenso"; se aquilatan los "principios" que deben servir de base a esos procedimientos y consensos... (procedimentalismo, consensualismo, principialismo). Y vemos al político, al economista, al empresario, al periodista o al profesional de cualquier profesión –eso sí, que se precie de la mínima cualificación– apuntarse a cursos de especialización y disertar en comités deontológicos, devanándose los sesos para "argumentar" y "consensuar" y al fin votar y acordar "algo", que ya no se sabe bien si obedece a principios éticos –que, ciertamente no pueden llevar consigo tanta complicación– o a intereses de todo tipo.

Hace no muchos meses, Mons. Jean Luis Brugés[3], disertó espléndidamente, en esta misma sala, sobre la enseñanza de la moral, sobre la relación entre ética y política –que calificó simbólicamente de hermanas gemelas– y señaló los slogans que han presidido los

3 Cf. BRUGUÉS, J.L. *Cómo enseñar la teología moral hoy*. Lección Académica en la Inauguración del curso 2011-2012. Universidad Católica de Ávila.

siglos y décadas anteriores. Primeramente el "Todo es político", que traducía astutamente al ámbito político premisas éticas, como las que se enarbolaron desde la Revolución francesa: libertad, igualdad, fraternidad. Después cambiaría el slogan a: "Todo es ético"; sería nuestro momento. Refirió entonces la astucia de la ética al arrogarse, como propios, términos de tono político, como la democracia, la responsabilidad y los derechos humanos. En fin, la cosa es invadir la casa del vecino –de la hermana gemela, en el simbolismo que utilizara el ponente– y no arreglar nuestra propia casa.

Si nos preguntamos por el trasfondo ideológico y cultural en que recalan ambas tendencias, tanto ética como política, encontramos un común denominador en el principio de autonomía. Efectivamente, este concepto, de suyo ético, se ha ideologizado, se ha desorbitado; se ha hecho obniabarcante. Esto ha sucedido mirando, no solo hacia fuera, queriendo absorber en sí otras esferas de orden político y social, sino también hacia dentro, captando las otras facultades humanas, la voluntad y el afecto; quedando, así, desorbitada toda la esfera de la moralidad y, por tanto, las demás esferas prácticas. Siguiendo con el simbolismo: hermanos, primos, amigos y vecinos, se ven afectados por ese desorbitamiento de la moral…

¿De dónde viene esa eclosión de la autonomía, qué significado tiene y cuál ha sido su andadura?

2. La ética y el subjetivismo moderno: el emerger de la autonomía

En la modernidad, la ética del sentimiento, postulada por Hume, y la ética del deber, por Kant, reducirán

los motivos morales a factores meramente internos de la acción, a la esfera de la subjetividad; referida ésta, exclusivamente, a formas del sentimiento –en el caso de Hume–, o intenciones de la voluntad –en la concepción ética kantiana–, ambas pretendidamente "autónomas".

De este modo, la moral, que ya llevará el apellido de autónoma inseparablemente, se justifica a sí misma, se postula frente a cualquier otro referente externo; se posiciona como dueña y señora no sólo de la acción moral o técnica, sino de todo otro orden de pensamiento y valoración humana.

Así es como la autonomía tendrá su incursión paulatina e irá aquilatándose y extendiendo sus tentáculos sucesivamente hacia los otros emblemas de la modernidad: la razón, la libertad, la naturaleza, la ciencia y –su hija predilecta– la técnica, el progreso, el Estado y, conclusivamente, el mismo hombre. La peculiar característica de los mismos es, precisamente, la pretendida autonomía.

En el fondo arrastramos un erróneo concepto de libertad. La libertad moral, autónoma precisamente en su condición moral, no es autónoma respectos de otros referentes de la acción; no se da exenta, sino en relación a los ámbitos del ser y del acontecer humano y natural, así como a los logros culturales, científico-técnicos y, en fin, a los acontecimientos que se nos dan como datos con los que hay que contar. De todos ellos mi libertad y, por tanto, mi responsabilidad, no es dueña, pero tampoco puede prescindir de los mismos. Necesariamente, es una libertad "relacional", condicionada, referenciada a todos esos ámbitos.

Sin embargo, en la modernidad la concepción de la libertad se extralimitó; el resultado fue que la voluntad parecía estar cobrando puestos frente a todo otro orden de conocimiento y valoración. La voluntad, pretendidamente autónoma de esos otros referentes, se erige como autora suprema y única responsable de todo acontecimiento. El hombre moderno se sentía libre, se hacía "responsable" de todo lo humano y divino; pretendía dominarlo todo. El mito prometeico volvía a hacerse presente.

Hay dos tópicos que exponen perfectamente esta culminación de la autonomía moderna: superhombre y voluntad de poder. Ponerlos de relieve será la tarea de Nietzsche. Y junto a ellos, lógicamente, la transmutación de valores. La autonomía de la voluntad y el subjetivismo moderno llegan, así, a su más alta cuota.

Parece paradójico, pero resulta que la libertad se encuentra así asfixiada por la propia libertad. Este es el resultado de la falacia de la autonomía.

La victoria de la voluntad de poder lo es, ante todo, sobre la razón; sobre la valoración objetiva y el atenimiento a la realidad. No sería victoria completa si no asumiese en sí la misma razón. Por ello, se postulará también la "autonomía de la razón"; que pretenderá absorber en un único referente de razón práctica tanto la razón especulativa, como la razón técnica, instrumental.

El subjetivismo y el voluntarismo se asocian en ese orden instrumental. El triunfo de la técnica fue su emblema. Un buen exponente de ello fue el Titanic, en aquellos principios del siglo XX. El mundo parecía estar en manos del hombre.

Culmina así la llamada primera secularización, cifrada en el triunfo de la razón como voluntad de poder y poder tecnológico. El hombre, por fin, es autónomo. Esta es la figura del antropocentrismo moderno. Su traducción socio-política: las ideologías.

Tras estos derroteros, los términos de poder parecen sobreponerse de manera definitiva a los términos de respeto.

Pero los excesos se pagan. El mal se devora a sí mismo. El Titanic se hundió. Sobrevinieron las terribles guerras mundiales, los desastres ecológicos, la violencia e inseguridad social… y al mismo tiempo, la brecha cada vez más pronunciada entre unos pueblos y otros.

3. La ética y el subjetivismo postmoderno: la autonomía en las éticas aplicadas

A esta modernidad ilustrada y racionalista, le sucederá un desencanto de la razón, la fragmentación de los "grandes relatos", el pensamiento débil; son los postulados típicamente postmodernos.

Pero no sucumbe ni la idea de progreso –evidentemente, asociada al progreso tecnológico– ni la autonomía.

Se mantiene, pues, el subjetivismo moderno con otros tintes, como son el escepticismo –ya no hay en qué creer–, y el relativismo –como nada vale en sí, pues no hay valores objetivos, "todo vale", según la pretensión útil o satisfactoria que se persiga–; sólo hace falta "hacerse valer" adecuadamente, tener la habilidad de "poner en valor" la propia pretensión. Estas son las fórmulas de moda en el "uso" de los valores.

Así, nos encontramos con los nuevos "valores" de orden económico, político, social, psicológico: "lo políticamente correcto", "lo ecológico", "lo rentable", "el bienestar", "la calidad de vida"; pero también "la tolerancia", "la autoestima", "la empatía", "las habilidades sociales"…

Las éticas aplicadas se rinden a un modo meramente subjetivo de valoración[4], hipotecado, en tantas ocasiones, a los imperativos meramente utilitarios de orden tecnológico y económico.

Es el caso de la sostenibilidad, concepto en principio ético, se presentó como salvaguarda del medioambiente y, al mismo tiempo, del desarrollo de los pueblos; ha terminado en un comercio de valores –el mercado de valores del carbono, que ha ido configurándose desde el protocolo de Kioto– Y qué vamos a decir del controvertido tema del calentamiento global: ¿defensa ecológica o fraude orquestado? Todavía se debate el tema.

Los intereses económicos, ciertamente, enmarañan todo, pretenden abarcarlo todo; es imperativo de la "autonomía económica". Quizá, habría que agregar un nuevo slogan que complete la trilogía: al "todo es político" y "todo es ético", el "todo es económico". La ética del Medio Ambiente tendrá que jugárselas con la señora Economía; poderosa Señora, y decidida, –muy al estilo de la señora Merkel…– ¿saldrá ganadora? Probablemente sí, es inteligente, y sabe que debe buscar alianzas…

4 Cf. CARRAVILLA, M. J. *Ética aplicada y deontología profesional*. Universidad Católica. Ávila, 2011

Al final tendremos que hacernos la pregunta del alumno en las últimas Jornadas de Pensamiento Económico, precisamente sobre "la ética de los negocios", cuando decía: "Pero ¿no es, acaso, rentable el fraude? ¿Por qué no asumirlo económicamente?"

La pregunta iba para mí, la profesora de Ética, a quien llamaron a disertar en estas cuestiones de economía –es evidencia de esta emergencia de la Ética; aunque no sé si es muy rentable esto de preguntar a una profesora de ética sobre la rentabilidad económica…– El alumno que preguntaba creía que yo iba a responder desde una proposición de principios; algo así como: "mire usted, aunque sea rentable el fraude, no se debe mentir, no es ético…" Pero no; mi respuesta fue: "¿Sí? ¿Es rentable el fraude? ¿No se habla por doquier de que la crisis actual es fruto de los terribles fraudes producidos recientemente?…

El mal no es rentable… No lo es el fraude más elemental como tampoco el más grande. El utilitarismo craso termina en intereses desleales; y esto a niveles pequeños como a gran escala. Si hay un robo entre amigos o compañeros –por poner un ejemplo– desaparece toda confianza, toda convivencia aceptable. Los grandes fraudes en el marco de las finanzas, tienen consecuencias a nivel mundial; además, constituyen una especie de bola de nieve en la que quedan absorbidas política y legislación; ¡cuántos entrampados en la misma maraña!… Pero, al final, el proceder arbitrario, la demagogia, la injusticia de la ley se hacen notar como tales, solo hace falta tiempo para que lo oculto salga a la luz… La verdad, también en economía, se impone. El realismo la hace diáfana.

Otro capítulo no menos comprometido es el de la bioética. Enmarañado, cómo no, con los intereses

políticos y económicos. De hecho, se habla de bioideologías como sustitutivo, en la postmodernidad, de las ideologías típicas de las postrimerías de la modernidad ilustrada[5].

Bien puede decirse que aquí sí que hemos perdido el norte. Al final, la pregunta se hace obvia, también desde los efectos ya sufridos: ¿Es que va a tener la misma valoración, las mismas consecuencias, "fabricar hombres" que procrearlos?, ¿dejar que nazcan niños que impedirlo? –Y ¡a qué escala tan tremenda!– Como consecuencia resulta que la población europea está envejecida, que el índice de nacimientos es negativo, que no hay repuesto generacional... y son los financieros los que denuncian los problemas económicos, sociales, que de ahí derivan.

5 Al respecto señaló DALMACIO NEGRO: "Ideologías y bioideologías pertenecen al mismo género cientificista como dos especies distintas. La diferencia principal entre ellas consiste en que las primeras toman como modelo el mecanicismo de la física, y las segundas, como indica la partícula *biós*, el de la biología. A partir de ahí, las diferencias son, en principio las siguientes. Las ideologías pueden reducirse a una sola, el socialismo, del que derivan numerosas subespecies: el socialismo marxista, la socialdemocracia, el socialismo de rostro humano, el fascismo, el nacionalsocialismo, etc., que dan lugar a su vez a distintas subvariantes y mezcolanzas. Las bioideologías son en cambio irreductibles, al menos de momento, a una sola, pues el término multiculturalismo que se emplea descriptivamente, alude sólo a su diversidad sin connotar ninguna cualidad. De hecho, aunque tienen también como objetivo común la producción de un hombre nuevo, su idea concreta del mismo es muy variada al ser bastante más precisa en cada caso que en el de las ideologías. Las tres más importantes son seguramente la de la salud, la de género y la ecologista, a las que habría que añadir la modalidad transhumanista o posthumanista. Son las ideologías del postsocialismo". En: "Hombre nuevo y bioideologías". Conferencia 16.11.2011. Próxima publicación en la revista *Cuadernos de Pensamiento*. FUE. Madrid, 2012.

Y qué diremos en el ámbito de la llamada ideología de género. ¿Es lo mismo mantener la identidad sexual que cambiarla o prescindir de ella, según la propia querencia o lo meramente satisfactorio? "¿Por qué no? –espetaba una escolar de la ESO–, el hombre es autónomo y puede decidir desde sí mismo, según sus inclinaciones naturales y sus gustos". Era la razón que daba para decidir ser heterosexual u homosexual.

Claro que, a esta niña le faltaba información. Las variantes de elección son mucho mayores: uno puede ser homosexual, y luego bisexual, y luego transexual, y si requiero ayuda técnica para configurar mi propia… ¿identidad? No –que ya no se habla de identidad–, mi propia "querencia" sexual, pues ahí está el *mito Cyborg*; esa especie de mezcla entre hombre natural y hombre técnico... Pero, en conclusión, para qué definirse de un modo u otro: mejor será la indefinición sexual o lo que el momento depare; según el deseo o el antojo, así se decidirá… Bueno, esto no lo invento, es lo sostenido por la *Queer Theory*… En fin, las veleidades a las que se puede llegar son sin cuento.

Mírese por donde se mire, los desequilibrios afectivos saltan a la vista. Si ya en una situación normalita no faltan, pues la concupiscencia de la carne existe, y lo comprobamos; qué podemos esperar si, además, se cultivan. Pero lo curioso del caso, es que en una situación normal, cuando nos dejamos llevar, se habla de mal, de desorden o pecado, y en las otras, en cambio, de "derecho de autonomía personal"… Bien, esto nos muestra la especial atención que requiere, precisamente, la educación. Aquí sí se trata de una emergencia y una urgencia.

Pero claro, es tarea justamente de la ética, desmontar el montaje; que, al final, recala en posiciones

tan antiguas como el hombre mismo; como son el hedonismo, el emotivismo, el utilitarismo… ¿Es real el juicio ético por el que el sentimiento de agrado o desagrado es el único referente de valoración?, ¿no enjuiciamos nuestros propios sentimientos de agrado y desagrado?, ¿no somos capaces de valorarlos objetivamente?

Resulta que, de hecho, hacemos juicio de nuestro propio sentir. Distinguimos entre el modo de ser afectados y lo que es una respuesta afectiva. No es lo mismo que alguien me caiga simpático o antipático que "responder" con la sonrisa o la burla; de lo primero no soy responsable, de lo segundo, sí. Por otro lado, es evidente que no todo agrado es relevante moralmente; si me pica la cabeza y me rasco, siento agrado, pero no tiene ninguna relevancia moral. Pues parece que juicios de este estilo, tan reales y cotidianos como la vida misma, por los que emotivismo y hedonismo quedan superados, se olvidan a la hora de argumentar en estos temas de bioética.

Otro gran capítulo de las éticas aplicadas, en la actualidad, es el de de los sistemas de información, internet, redes sociales… Son muchos los beneficios que deparan, cierto. Pero no nos hemos percatado de los perjuicios de un mal uso. Se ha tipificado, por ejemplo, la ciberadicción. Ya se dan, de hecho, espacios en determinadas clínicas para tratamiento de estos tipos de trastornos. Verdaderamente, muchos jóvenes, y no tan jóvenes, pierden la noción de realidad, se sumergen en verdaderos mundos virtuales, quedan atrapados en ellos.

También en este terreno, la educación va a la zaga. Como mucho, se ofrecen técnicas de uso, en la consideración de la web como medio de aprendizaje. Pero

hoy es necesaria no solo la educación en su uso, sino la prevención del abuso.

En conversación en clase sobre la posesión y uso de estos medios, una alumna de 2º de la ESO manifestaba que tenía, no solo ordenador fijo en casa, y móvil, por supuesto, sino el portátil y la tableta personales, sin ninguna restricción de uso. Y la profesora, respondió espontánea: "pues que Dios te ampare, porque vives totalmente a la intemperie…" Comprobando los resultados académicos vio que había suspendido siete asignaturas. Los compañeros que apenas disponían de estos medios, o con bastante medida, eran los que aprobaban todo… No sé si tendrá mucho que ver…

Aparte de estos efectos, no hace tanto, saltó a la luz el gran problema de los wikileaks. ¿Han de ser contados como hackers o krackers –los buenos o los malos– en las manipulaciones de la web? ¿Es ética la publicación masiva de documentos secretos, aunque sea como denuncia cuando éstos sean fraudulentos?, ¿hasta dónde llega la inviolabilidad de la persona, el derecho a la intimidad? La ley de protección de datos ha querido salir al paso de estos problemas; pero lo privado y lo público pierden sus límites en estos contornos de la red.

Ello sin contar con el poder mediático que suponen, por el cual, cualquier mentira se convertirá en verdad, a base de divulgación continua… Y qué diremos del "arte" de la manipulación lingüística, que convierte la demagogia en valor de verdad.

Como puede observarse, con solo asomarnos a la interacción entre ética y los diferentes ámbitos sociales, tecnológicos, ambientales o económicos más generales, comprobamos la serie de controversias y conflictos que diariamente saltan a los medios de comunicación social.

4. Los consensos éticos se erigen sobre la conciencia moral. El procedimiento

Con estas muestras de los grandes sectores de la ética aplicada, entenderemos la actualidad de las diversas deontologías profesionales, la formulación masiva de códigos laborales, la proliferación de los famosos comités de ética.

Efectivamente, la ética, en las diferentes versiones de deontologías profesionales, está de moda; los profesionales deben, pues, hacerse especialistas en ética. Pero esto no significa otra cosa que dominar los "procedimientos"; algo así como dominar las "técnicas de uso". Las empresas deben obtener los consiguientes códigos deontológicos –deben presentar con rigor metodológico esos procedimientos–, los políticos y juristas deben establecer las vías democráticas para que esos códigos se den –deben promulgar los procedimientos de los procedimientos–; y esas vías requerirán de un consenso político y del propio procedimiento jurídico.

Ya tenemos las claves de las éticas aplicadas: la democracia, el consenso, el procedimiento, la negociación. Y la meta-ética, es decir, los filósofos éticos de turno, deberán entonces devanarse los sesos para crear el marco teórico en el que estas modalidades éticas puedan desarrollarse. Está claro el resultado: la ética del discurso, del diálogo, de la negociación. Así se derivará paulatinamente en las modalidades éticas del momento: el procedimentalismo, el consensualismo; y si nos centramos en los principios que consensuen –que algo tendrán que concretar–: entonces tenemos el principialismo. Y hacemos gala, a la sazón, de una responsabilidad social corporativa.

Al final parece instituirse una suerte de ética pública en contraposición a la conciencia moral. Así reza el credo pluralista.

Se supone que estas modalidades éticas, procedimentales, deberían resolver conflictos, y muchas veces los crean; ofrecer claridad y orientación, y redundan en confusión y desorientación. Porque están viciadas en su raíz; imbuidas de liberalismo, utilitarismo, relativismo, escepticismo… Hay más pretensiones de poder que actitudes de respeto. Y esto, amparándose en la responsabilidad, la conciencia autónoma, el pluralismo.

Ya sé que en estos momentos no estoy siendo políticamente correcta. Tampoco lo pretendo. Pero si algo puede tener futuro ha de estar cimentado en la verdad moral.

Sin embargo, la moda ética se cifra, a menudo, como afirma Hans Thomas, en que "no hay verdades morales. La moral es algo privado. Esta convicción, procedente del pensamiento liberal, domina las cabezas de la clase política, de los intelectuales, e incluso de no pocos teólogos. Quien habla de una conciencia autónoma está diciendo con otras palabras que la moral no tiene nada que ver con la verdad. El mensaje liberal de que la moral es una cuestión privada conduce a una creciente juridificación de todos los ámbitos de la vida y a una regulación estatal cada vez más intensa, por mucho que constatarlo les duela a los liberales fervientes…"

Ante esta situación "…para algo tan frágil como el compromiso ético personal, no sólo hay cada vez menos espacio, sino también cada vez más riesgo de conflicto… Por el contrario, si la moral se fundara en la verdad sería la misma para todos los individuos y para

el Estado... La coherencia ético-jurídica sobre todo hace menos necesarias las reglamentaciones públicas, -y no pretender solucionar todo a golpe de decreto-... Tarea del Estado sería la legitimación ética de las leyes, y el Derecho no obligaría más que a lo que ya se encuentra éticamente obligado cada cual. Podría renunciarse a tanta *incontinencia reglamentista*: menos conflictos y más libertad para los médicos"[6].

Hans Thomas está disertando aquí sobre la ética médica, pero esta incontinencia reglamentista la padecemos todos. (Incluidos los docentes, que "reglamentariamente" debemos tener la acreditación de docentes, investigadores, innovadores que transferimos conocimiento, con especial atención, también reglamentada, a la calidad, y la movilidad, y la formación integral. Y, además, con plazos. Y con baremos de calidad medidos en revistas de impacto. Y entonces: a conseguir curriculum a ritmo frenético, que son imperativos indeclinables de la ANECA o de ACSUCYL ¿No es así, queridos colegas?).

Estas reglamentaciones socio-políticas pretenden sustituir la responsabilidad personal, que sólo puede tener su base en una moral fundamental de carácter universal.

Pero "hoy por hoy –sigue diciendo Thomas– es tabú una norma moral de observancia universal. Ésta ha sido sacrificada a la autonomía de la conciencia. Y esa 'liberación' ha sido comprada con la sumisión a la razón

6 THOMAS, H. *De Hipócrates a Kevorkian. Hacia dónde va la ética médica*, Título original: "Von Hippokrates zu Kevorkian: Wohin treibt das Arztethos?", en *Imago Hominis* (Quartalschrift des Instituts für Medizinische Anthropologie und Bioethik. Wien), Vol. VII/Nr. 1, 2000, pp. 49-58.

política de Estado". Y el precio ha sido regateado en los interminables comités cívicos, agregamos nosotros.

Así pues, en esa conversión de la ética en mero discurso, en debate político sobre normas jurídicas, el éxito estará de parte de los que mejor escenifiquen su liberación de "prejuicios" metafísicos o religiosos, los que más respondan a esa visión científico-técnica del mundo... "En este sentido –nos dice Thomas– hay que concluir que de la pura facticidad empírica y de la sola racionalidad no cabe deducir deber ético alguno. En el lugar de la ética –y en todo caso bajo este nombre– se sitúa correlativamente el cálculo hecho bajo las expectativas del mayor beneficio probable. Y para alcanzarlo –frecuentemente bastará la simple intención– se permite por principio cualquier medio, con tal que su aplicación rinda con vistas al efecto deseable. La instancia ante la que el consecuencialista responde es el progreso. De ahí que el consecuencialismo posee el crédito que confiere una ética acomodaticia, adecuada a una visión naturalista y técnica del mundo, así como el éxito de una supuesta fundamentación moral autónoma".

Así es como el consensualismo se alía al consecuencialismo; sustentado sobre una visión empirista y cientificista del mundo, es decir, meramente utilitarista, con las miras puestas únicamente en ese mismo progreso material cifrado en términos de beneficio y bienestar. En este círculo se sustenta esa "supuesta fundamentación moral autónoma".

Sin embargo, debemos atrevernos a hablar de la verdad moral, que ha de cimentarse en la conciencia personal y, al mismo tiempo, de carácter universal –y no remitirse a la mera conciencia "autónoma" y subjetiva–; que se sustenta en la dignidad humana y el

respeto hacia los valores objetivos. Pero, para ello, es necesario retomar un nuevo realismo y restablecer el sentido común.

5. Conocimiento y amor van unidos. La respuesta del personalismo ético y la ética de los valores

Subjetivismo, autonomía y, en el trasfondo, una escisión de la persona en su conocer y en su obrar, una ruptura con la verdad y el bien, constituirán la falla antropológica de estas éticas dependientes de modas sociales.

Pero, por fuerza de los hechos, ya desde principios del siglo XX, se fue imponiendo también el realismo ético, era respuesta necesaria a los excesos ideológicos que por entonces estaban floreciendo, a los reveses que el abuso tecnológico había propiciado. Los hechos, la experiencia de la cruda realidad, van a convertirse en punto de crítica de las éticas de moda. Tampoco lo genuino de la experiencia humana quedaba refrendado por esas éticas.

Se requerían, pues, nuevos análisis éticos, nuevo método. La experiencia, de cualquier modo, se convertiría en punto de partida en la reflexión ética de todo orden.

La recuperación de la ética empezó por superar la falacia naturalista: después de los desastres ambientales, orden natural y orden moral vuelven a requerirse juntos; ser y deber vuelven a la necesaria relación y cooperación.

Esta recuperada unión entre ser y deber se haría ahora con nuevo método: el método reductivo que ini-

ciara la Escuela ética de Lublin y Cracovia[7], con Karol Wojtyla a la cabeza. La experiencia moral –y específicamente, la experiencia amorosa– es el punto de partida; en ella, descubrimos las premisas antropológicas y metafísicas que la sustentan. El realismo moral, lleva aparejado el realismo antropológico y metafísico; y, de suyo, van a requerir unidad. Así nacerá la ética personalista.

A ella se unirá el objetivismo axiológico, la ética de los valores. Los valores ¿tenían que inscribirse necesariamente al ámbito del subjetivismo? No es esto lo que muestra la experiencia moral más elemental y cotidiana. El objetivismo, tanto en el conocimiento como en la ética, fue imponiéndose. Era la aportación del realismo fenomenológico. Figuras destacadas fueron: Scheler, Hartmann, Edith Stein, Reiner, Ingarden, Hildebrand, Seifert…

Destaca Hildebrand[8] por sus análisis de la moralidad humana y, más específicamente, de la esfera afectiva, del amor, como fuente primordial de moralidad. (Benedicto XVI declaró, cuando era nobel profesor, que el siglo XXI daría cuenta de las valiosas aportaciones de Hildebrand para el pensamiento contemporáneo).

Con su realismo axiológico ofrecerá el fundamento objetivo a la moralidad. Se sirve para ello de la noción de importancia. En nuestra experiencia cotidiana hacemos una clarísima distinción entre tres categorías de importancia: lo importante en sí o el valor ontológico,

7 Cf. PALACIOS, J.M., "La escuela ética de Lublín y Cracovia", en *Sillar,* n. 5, enero-marzo 1982, pp. 55-66.

8 Cf. HILDEBRAND, D. VON, *Ética*. Encuentro. Madrid, 1983. *Moralidad y conocimiento ético de los valores*. Cristiandad. Madrid, 2006. *El corazón*. Palabra, Madrid, 1996.

como la persona; el bien objetivo, como la salud; y lo subjetivo-satisfactorio, como los gustos culinarios, por poner un ejemplo. Estos valores, deben motivar según la categoría que les es propia. La adecuada motivación será la base de la respuesta moral, tanto de la voluntad como del afecto. De modo que la consideración de la persona no puede derivarse del "gusto", del agrado o desagrado, de la simpatía o antipatía, o de la utilidad que nos proporcione… Repugna a la conciencia moral ese hedonismo o emotivismo o utilitarismo.

Pero, además, Hildebrand señala que esas malas respuestas, acciones y las consiguientes disposiciones morales, se derivan de la prevalencia de los centros negativos de la persona: el orgullo y la concupiscencia.

De modo que se puede llegar a la ceguera moral: a una auténtica ruptura entre el valor en sí de la persona o los bienes objetivos y mi actitud ante ellos, guiada por la mirada exclusivamente satisfactoria; que entonces será egoísta, dominadora. Estas actitudes pueden ir cegando al sujeto en su apreciación de los valores morales. Así se puede llegar a la ceguera moral, señalará Hildebrand; pero de ello somos responsables.

Por el contrario, existe también en la persona el centro positivo de moralidad, el centro amoroso; que es fuente del bien moral a través de las respuestas –de la voluntad o el afecto–, de las acciones y las virtudes. Se detiene Hildebrand en la consideración de las respuestas afectivas. El amor[9], la respuesta afectiva de orden espiritual, más elevada, en sus diversas catego-

9 Cf. HILDEBRAND, D. VON, *La esencia del amor*. EUNSA. Pamplona, 1998.

rías (conyugal, paterno-filial, de amistad, al prójimo, a Dios), es la fuente del bien moral por antonomasia.

Así pues, a partir del análisis de la experiencia, confirmará que la verdad del hombre y el amor van unidos. Es más, el hombre es un ser vocacionado al amor y donación de sí; abierto esencialmente a la relación con el otro, a la trascendencia; no es, de suyo, autónomo, sino relacional.

Hildebrand repara en la importancia de la configuración moral de la persona a partir de esas respuestas y acciones, del signo de las mismas, que afianzarán progresivamente los centros negativos, o positivo, de la persona. A su vez, de esos centros emanan las diferentes respuestas y acciones. Bien puede decirse, entonces, que somos, al mismo tiempo, padres e hijos de nuestras obras.

Seifert, desde estas mismas premisas del personalismo ético, ahonda en los motivos morales[10] que impulsan a la acción. Distingue entre motivos primarios y secundarios. Primarios serán: el fin de la acción, el deber, la acción misma, la voluntad orientada al bien, Dios referente y fundamento último de moralidad. Motivo secundario será la felicidad, que ha de considerarse un motivo moral, sí, pero no pretendido en primer lugar.

Todos estos motivos morales, quedan caracterizados por los valores morales que de suyo conllevan. Es, justamente, la presencia o ausencia de estos valores, lo que permitirá enjuiciar las diferentes posiciones éticas, y sus desviaciones. Normalmente eso ocurre cuando un

10 Cf. SEIFERT, J., *Qué es y qué motiva una acción moral*. Centro Universitario Francisco de Vitoria. Madrid, 1995.

motivo se magnifica e ignora las otras vertientes de la moralidad, provocando una ruptura con el bien y valor objetivo y cambiando de signo –hacia el egoísmo– la cualidad de la motivación moral.

Así, el fin de la acción, la utilidad, el placer, la felicidad, son importantes y valiosos, pero si se refieren y, al mismo tiempo, realizan valores morales; en cambio, si se hacen exclusivos, si no tienen como referencia el valor objetivo y sólo se mira lo subjetivo satisfactorio, se pervierten; nos encontraremos con el utilitarismo, el hedonismo, el eudemonismo. Lo mismo ocurre con el deber; ya lo creo que es un motivo fundamental, pero tampoco exclusivo, ni vacío de contenidos; "el deber por el deber" –postulado kantiano– remite la moralidad a la esfera de la mera subjetividad, omitiendo toda referencia al valor de la acción misma y su objeto.

El relativismo, de distinto signo, es el resultado de estas desviaciones morales, que centran en la mera subjetividad todo motivo moral, prescindiendo de una valoración moral objetiva.

Así pues, la referencia a los valores objetivos, a la persona en sus centros morales, en sus modos de motivación, que sostiene la ética personalista, ha dado luz a la reflexión moral y ha puesto orden y orientación en la selva de posiciones éticas de las últimas décadas.

Pero, sobre todo, ha sido novedad el método al partir de la experiencia amorosa de la persona. Estos autores, ante todo, Karol Wojtyla[11] –el querido Papa Juan Pablo II–, y Hildebrand, han partido de este análisis para sus

11 Cf. WOJTYLA, K., *Amor y responsabilidad*. Plaza & Janés. Barcelona, 1996.
Mi visión del hombre: Hacia una nueva ética. Palabra. Madrid, 1997.
Persona y acto. BAC. Madrid, 1984.

reflexiones éticas. Primero, no han tenido miedo de descender a la experiencia misma del amor humano. Es donde se encuentra la revelación más honda de lo que es el hombre, de su condición moral, de la libertad que le es propia, del bien y el mal que puede engendrar. En definitiva, del misterio que le envuelve precisamente en su ser, vocacionado al amor y donación de sí, y en su efectiva relación de amor.

Del amor venimos. Hemos sido engendrados en el amor; ningún ser "autónomo", referido exclusivamente a sí mismo, genera otros seres, ni siquiera puede concebirse un hombre así; la absoluta autonomía, el solipsismo, es contrario a la misma naturaleza humana.

En el amor nos realizamos. Pero esto requiere un aprendizaje: una familia, lugar privilegiado donde se aprende a amar, una escuela, un ambiente, unas amistades... En esa interrelación humana "se aprenden" las claves de la vida; ese aprendizaje del amor y donación de sí, la prevalencia del bien sobre el mal, la virtud sobre el vicio. Así, se discierne y se configura el carácter moral. Esto sin pretensión directa: los padres no se sientan a dar lecciones sobre estos asuntos; ni los profesores, que simplemente transmiten esos valores al explicar las materias correspondientes –que para esto no hay códigos de competencias, ni genéricas ni específicas, ni se mide por resultados de aprendizaje… –.

La emergencia de la ética lleva consigo la emergencia educativa. Y precisamente, también Benedicto XVI, en su reciente discurso, con motivo de la Jornada Mundial de la Paz, se hace eco de estas dos emergencias: ética y educativa, pues se centra propiamente en la educación moral. Señala concretamente: "Es cometido de la educación el formar en la auténtica libertad. Ésta no es la ausencia de vínculos o el dominio del libre

albedrío, no es el absolutismo del yo. El hombre que cree ser absoluto, no depender de nada ni de nadie, que puede hacer todo lo que se le antoja, termina por contradecir la verdad del propio ser, perdiendo su libertad. Por el contrario, el hombre es un ser relacional, que vive en relación con los otros y, sobre todo, con Dios. La auténtica libertad nunca se puede alcanzar alejándose de Él"[12].

Concluimos. Hay aprendizajes que sólo se hacen por el lenguaje de la presencia y el testimonio, son los verdaderamente importantes para la vida. Todos influimos en todos, precisamente mucho más por medio de ese curriculum invisible que se trasluce por la relación afectivo-amorosa que caracteriza a todo hombre. Esa relación se refleja en los gestos de benevolencia; de gratuidad; de perdón, ¡qué sería del mundo sin el perdón, el único capaz de regenerar al hombre del mal!; de paciencia, ¡si supiéramos ver la belleza que trae consigo la paciencia!; de misericordia, este es un aprendizaje que sólo se recibe –y directamente– del Amor Primero, que incurrió en la historia de los hombres hace 2000 años, y sigue vigente.

Las buenas obras, el amor, son el tesoro del corazón del hombre, tesoro que trasciende el espacio y el tiempo, trasciende la misma muerte; nos permite vivir en la esperanza, nos enseña que el mal es el desamor; que el daño real es siempre el que podemos hacer, no tanto el que nos puedan hacer.

Saber esto muestra que hemos hecho aprendizajes en el camino mismo del amor. En este camino –que es

12 BENEDICTO XVI, "Educar a los jóvenes en la justicia y la paz", Discurso para la Jornada mundial de la paz, 1 de enero de 2012.

también de la historia de la humanidad–, de algunos hombres singulares, guardan testimonio estas tierras abulenses. Precisamente en ese camino del amor es donde han sido hitos especiales Santa Teresa –titular de nuestra Universidad– y San Juan de la Cruz. Son testimonio de la verdad del hombre y de la historia de la bondad en el mundo; pues esta verdad y bondad, constituyen el patrimonio de cada hombre, pero también de la humanidad. Es lo que sostiene las familias y los pueblos; es, pues, lo que tiene verdadero valor, y valor trascendente, que no pasa nunca.

Termino con algún pensamiento del pequeño Santo de Fontiveros, que nos muestra cómo es posible esa interna unidad entre verdad y amor, que decíamos al principio; interna unidad que es condición de moralidad y, además, fruto excelso en algunos hombres; interna unidad que solo hecha vida supera, realmente, el mal:

"Hace tal obra el amor, después que le conocí, que si hay bien o mal en mí, todo lo hace de un sabor, y al alma transforma en sí"[13].

Por eso podía aconsejar: "Donde no hay amor, ponga amor, y sacará amor"[14]. Esta es la clave práctica de la moralidad, que lo sea de la emergencia de la ética.

Muchas gracias.

13 SAN JUAN DE LA CRUZ, Poesías menores, "Glosa a lo divino", *Obras Completas*. Espiritualidad. Madrid, 1993, p. 86.

14 *Ibid,* Epistolario, Carta nº 26, p. 1104.